

**SEÑORA DE
LAS INDIAS**

Señora de las Indias

Título original: *A Senhora das Índias*

© 2024, Alberto S. Santos e Porto Editora, S.A.

Autor: Alberto S. Santos

Traductora: Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América del Sur y Central

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 – (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 – Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com – www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Ingrid Müller

Armado de interior: María Isabel Barutti

ISBN 978-950-02-1620-3

1ª edición: enero de 2025

2ª edición: abril de 2025

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en abril de 2025.

Tirada: 3.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Santos, Alberto S.

Señora de las Indias / Alberto S. Santos. – 2a ed. – Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

400 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Mónica Ploese.

ISBN 978-950-02-1620-3

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. 3. Novelas de
Aventuras. I. Ploese, Mónica, trad. II. Título.

CDD 869

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

A black and white photograph of a woman from behind, wearing a sari and a necklace, looking out from an arched window. In the background, the Taj Mahal is visible under a cloudy sky with birds flying.

ALBERTO S. SANTOS

SEÑORA DE LAS INDIAS

BASADA EN HECHOS REALES

 *Editorial El Ateneo*



Porto
(Oporto)

OCEANO
ATLÂNTICO
NORTE

Mar Negro

Mar Mediterrâneo

Rio Nilo

Deli

Agra

Rio Yamuna

Golfo de
Guiné
Rio Ganges

Rio Uele

Rio Congo

Kolkata
(Calcuta)

Hugli

Mumbai
(Bombay)

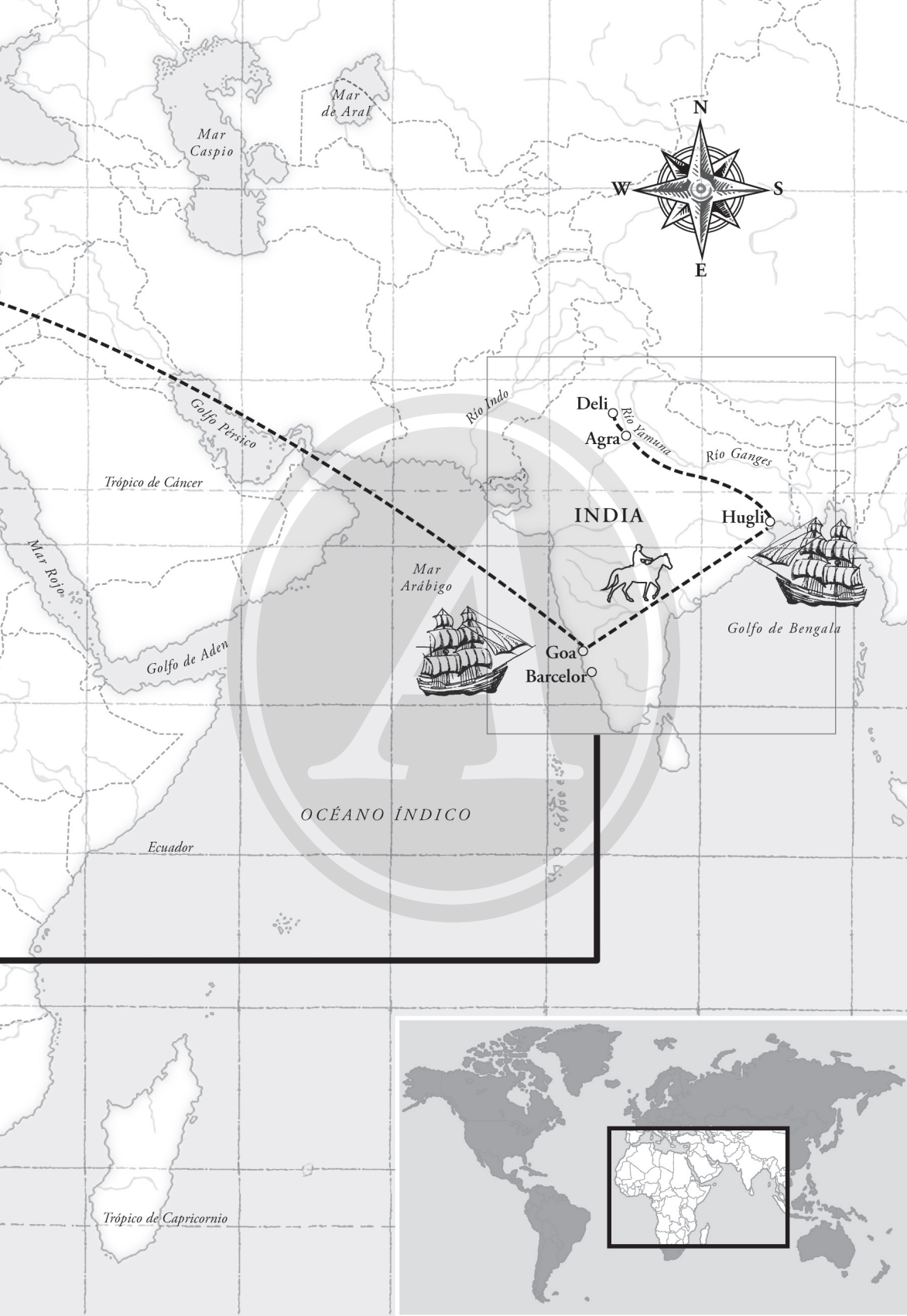
Goa

Barcelor

Golfo de Bengala



Mar
Arábigo



Mar de Aral

Mar Caspio



Golfo Persico

Trópico de Câncer

Mar Vermelha

Golfo de Aden

Ecuador

Trópico de Capricornio

Rio Indo

Delhi

Agra

Rio Ganges

INDIA

Hugli

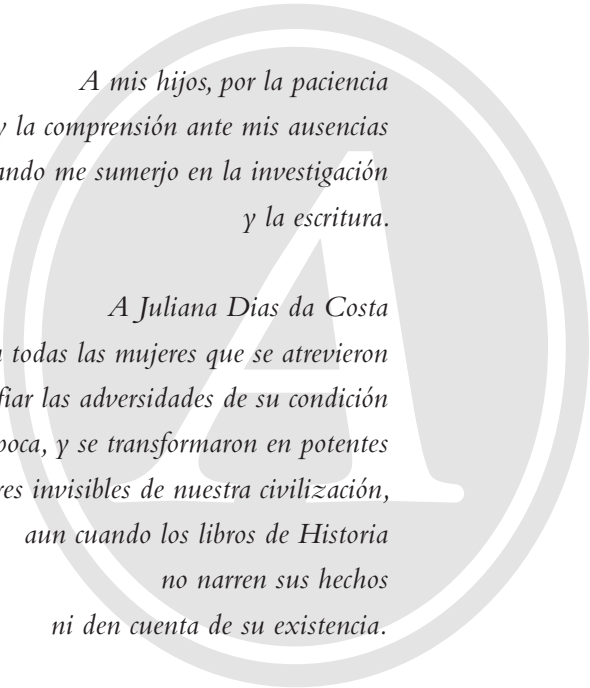
Mar Árábigo

Goa
Barcelor

Golfo de Bengala

OCEANO INDICO





*A mis hijos, por la paciencia
y la comprensión ante mis ausencias
cuando me sumerjo en la investigación
y la escritura.*

*A Juliana Dias da Costa
y a todas las mujeres que se atrevieron
a desafiar las adversidades de su condición
y de su época, y se transformaron en potentes
motores invisibles de nuestra civilización,
aun cuando los libros de Historia
no narren sus hechos
ni den cuenta de su existencia.*

1

EL BANIANO DE GOA

La pasión fue mi pecado; el amor, mi fortaleza, y la intuición, mi guía.

La estrategia fue mi talento; el coraje, mi faro, y el conocimiento, mi secreto.

La misión fue mi destino.

Y la fe, mi salvación.

En estos devaneos andaba mi mente, aquel día de calor húmedo en Goa, bajo la sombra de una higuera de bengala, que me pareció el mejor lugar para que una pobre criatura de Dios, como yo, descansara.

Desde la adolescencia, cada vez que necesitaba esconderme o rezar, me acostumbré a ver en aquel árbol sagrado de los hindúes un puerto seguro. Igual que los devotos de Krishna, creía que el baniano, como también lo llamábamos, cumplía, uno a uno, todos mis deseos. Cierta día, la propia Anju me contó que aquella higuera representaba la vida eterna, con sus ramas siempre en infinita expansión. Y era verdad:

de sus gajos nacían raíces que colgaban hacia el suelo y que generaban, a su vez, un sinfín de nuevas raíces y sucesivos gajos. Aquella higuera era, efectivamente, eterna e inmortal. Y, por eso, sagrada.

Allí recostada, mientras aguardaba el momento, recordé a la dulce Anju, la fiel servidora de mi madre, a quien había acompañado desde la masacre de Hugli, del otro lado de la India. Fue ella quien me reveló el Olimpo hindú que habitaba en los banianos.

—Los espíritus de los árboles son *yakshas*, divinidades menores.

—¿Ellos son los que rugen allí adentro, con el viento? —pregunté yo, encantada.

Ella me lo confirmó con la cabeza y yo le creí.

—Los *kinnaras* ya son seres medio humanos, medio animales.

—Uy —solté, con los ojos abiertos de par en par—. Creo que vi algunos. Son como ardillas púrpuras gigantes. Parecen diablos saltando entre los árboles. —Y alcé las manos como las ardillas, poniendo los dientes para afuera, y haciéndola reír, divertida y feliz.

De hecho, vistos en retrospectiva, aquellos animales del bosque indio, de color añil, naranja y púrpura, y tan antipáticos, me parecían la personificación perfecta de los *kinnaras* de Anju. Durante mucho tiempo había uno en la parte trasera de mi casa en Deli. Siempre me miraba con cara de espanto, como si yo fuera la rareza.

—¿Y qué más? —Mi pequeño corazón ardía de curiosidad.

—Finalmente —Anju abrió los brazos, como anunciando una gran noticia—, tenemos a los *gandharvas*, los músicos celestiales, que habitan en las ramas de estas higueras de magníficos frutos rojos.

—¡Los pavos reales! Son los pavos reales, Anju. Lo sé. Tienen cien ojos cuando abren esas enormes colas azules y parecen habitantes del cielo.

Me miró divertida, preguntándose, seguramente, si el canto del pavo real poseía también un esplendor celestial. Lo cierto es que la niñez, entre todas las huellas que me acompañaron durante la vida, también me otorgó auténticos momentos de asombro.

Tiempo después, cuando en catequesis me dijeron que todo aquello era mentira, se lo conté a Anju y ella puso cara de ofendida y me lanzó una mirada penetrante, como si quisiera reprenderme por dudar de sus creencias.

Por eso, en aquella época, siempre la recuerdo dividida entre Krishna y Cristo. Y tal vez tuviese sus motivos.



La campana de la iglesia goana de São Paulo tocó once veces. Todavía disponía de bastante tiempo. Miré alrededor. Como sucedía cada vez que regresaba, todo parecía seguir en el mismo lugar, igual que en mi feliz adolescencia y en la intrépida primera juventud que había pasado en esta ciudad. Aquí había descubierto por primera vez la alegría y el sufrimiento que podían provocar las mariposas cuando decidían revolotear en mi estómago. En Goa había adquirido las primeras y principales herramientas con las que Dios me preparó para el banquete de la insólita y sorprendente vida que Él me otorgó.

El misterio de la existencia es que nadie sabe cuándo el Señor nos llama para que Le rindamos cuentas. Mirando atrás, no sé si tomaría, o no, las mismas decisiones para alabar la vida que Él me concedió y honrar Su nombre. Esa es la duda que me tortura. Por eso, vine a Goa a confesarme, antes de que sea demasiado tarde.

En verdad, lo que me sucedió fue algo tan doloroso como extraordinario. ¡Ay, si el padre Magalhães supiese...!

Desde luego que solo podría confesarme a un jesuita. ¿Quién más me habría de escuchar, comprender y perdonar tantos pecados? Solo un ignaciano me parece capaz de entender que el diablo, incluso invitándonos a comer y a dormir en su casa, no siempre logra impedir que un creyente entre en el paraíso. Y un jesuita es quien mejor sabe distinguir la ciencia que gobierna la tierra de la que gobierna el cielo.

Sonreí, al recordar las palabras que me había dicho el padre António Magalhães en uno de los momentos más difíciles de mi vida: “Nunca te olvides, hija mía, de que, en el fondo, Dios también es un bromista”. Y de eso ahora no tengo dudas, como le explicaré a mi confesor, con la esperanza de que me absuelva de todos mis pecados y le dé un sentido a lo que me resta de vida.

Mientras rememoraba parte de mi pasado, vi una pequeña abeja que se aproximaba a una hoja del baniano, donde se disimulaba una tela de araña. Quedó presa allí e inició una batalla individual para liberarse de aquella trampa imprevista. Batía las alas con ansia y trataba de librarse de los pegajosos hilos, pacientemente entretejidos por una araña gris. Las pequeñas patas ayudaban como podían, pero la lucha era muy difícil. La araña, enorme y quieta como una esfinge, observaba, desde la punta más alta de la tela, el esfuerzo de la grácil abeja.

La escena me hizo estremecer. Parecía una metáfora de mi vida. Y, súbitamente, mi pensamiento se dirigió hacia otro momento casi olvidado de mi infancia, cuando finalizamos el camino de Agra hacia Deli con mi madre y me topé con una escena similar, en el jardín de la casa del padre Magalhães. No era la primera vez que las abejas se me aparecían.



—Madre, ¡saca a la abeja de la tela! ¡La va a matar! —grité, asustada.

Madre me miró, inquisitiva, y recién después se dio cuenta de lo que estaba pasando. La vi sonreír, mientras el jesuita llegaba con té de limón y menta para aliviarnos la sed y el cansancio.

—¡Querida Juliana! ¡Qué grande que estás!

El padre venía en mi dirección, enfundado en una sotana negra, que también me pareció una enorme y aterradora araña. Grité. Él se detuvo con los brazos en el aire, confundido.

—¿Qué sucede, mi querida?

Retrocedí dos pasos y señalé la rama del baniano, en cuya hoja la abeja luchaba por su vida. El padre me preguntó con la cabeza, tratando de entender mi inquietud.

—¡Sálvela, por favor! —imploré.

A aquella altura, aún no sabía que la mirada de un niño era capaz de ver, en un fragmento de la naturaleza, tanto la belleza como la crueldad del mundo. Desesperada, concluí que las arañas eran los bichos más crueles del mundo para las abejas. Las atrapaban, las amarraban a sus telas y las succionaban hasta que se convertían en un seco hilo de piel. Aquella era, ciertamente, una muerte tan horrible como ignominiosa. De ver el mundo entero y volar de flor en flor a no poder hacerlo, presa de aquellos pegajosos filamentos, encaminándose hacia el fin.

Entonces, como una sombra salida del círculo interior del árbol, había aparecido la providencial Anju. Estiró la mano, envuelta en un paño a modo de guante, hasta la hoja del baniano y estrujó a la araña, salvando al insecto, que, luego de que lo ayudaran, se despegó de la tela viscosa y desapareció de inmediato en el horizonte.

Solté un pequeño grito, horrorizada y aliviada. Ella me estrechó contra su sari azul, hasta que me serené. Más tranquila, le susurré al oído:

—Ahora sí que creo en los espíritus de los árboles. —Y volviéndome hacia los otros dos adultos, dije—: Saben, ¡Anju es una *yaksha*!